

MARÍA EN EL SER ECLESIAL: UN TESTIMONIO ORTODOXO²

El manantial vivificante

Quizás, en todo el “acontecimiento” de la fe cristiana no hay nada más sorprendente y más natural que la veneración a la Virgen María. Espontáneamente ella brota del manantial de la vida misma de la Iglesia. Pocas palabras sabemos de ella: por un lado tenemos el testimonio del Evangelio y por otro los himnos, las oraciones, los votos, los iconos y las innumerables manifestaciones de la piedad, tanto en Oriente como en Occidente. En cada época de la historia, después de Cristo, las palabras proféticas: *Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada* (Lc 1,48) adquieren un contenido más pleno y se verifican de nuevo. Porque cada generación descubre y vive de modo propio la bienaventuranza de María, que encuentra muchas formas para su expresión.

Este río de imágenes y palabras que proviene del manantial que se llama “María”, nace en la fe, la nutre y forma parte de nuestro “ser ecle-

¹ Vladimir Zelinskij (o Zielinsky) nació el 23 de septiembre del 1942 en Taskent (ex-URSS) y desde 1943 hasta el año 1991 vivió en Moscú, en cuya Universidad se graduó en filología y literatura extranjera. Estudió filosofía en la Academia de Ciencia de la URSS en Moscú, donde trabajó hasta el año 1981. A la edad de 28 años se convirtió al cristianismo y se bautizó en la Iglesia Ortodoxa Rusa. Participó activamente, entre los años 1970-1980, en la vida cultural religiosa, a pesar de la persecución del régimen soviético. En los años de la *Perestroika* (1987-1991) fundó con otros intelectuales rusos la primera revista semi-clandestina de cultura cristiana *Vybor* (La Elección). Estudió teología y participó en la publicación de algunos volúmenes de la obra “El manual del sacerdote”, bajo el patrocinio del Patriarca de Moscú. Tiene varios escritos sobre la temática ecuménica, en especial sobre la relación Oriente-Occidente desde el punto de vista eclesial. Desde 1991 vive en Italia, donde enseña la lengua rusa en la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Brescia y da cursos y conferencias sobre la espiritualidad ortodoxa, la Iglesia rusa y el movimiento ecuménico. Colabora con algunos diarios y revistas culturales y religiosas. En 1999 fue ordenado en París sacerdote de la iglesia ortodoxa rusa de Florencia y de San Remo (Patriarcado de Constantinopla). Es casado y tiene cuatro hijos.

² Traducción de Nice Ciccipastore, oco, del Monasterio Nuestra Señora de Quilvo, Curicó (Chile).

sial” (metropolitano I. Ziziulas), aunque generalmente no aparece a la luz de la Palabra. Pero donde se manifiesta la vida eclesial en sentido propio, allí está María, y donde está María nace y se forma la Iglesia de su Hijo. Para entender la naturaleza o el origen de nuestra veneración espontánea, tenemos que interrogar a este manantial semioculto de la fe cristiana, o, mejor, a nuestro modo de vivir la fe en la tradición de la Iglesia. En efecto, ¿por qué María? ¿Dónde se inicia esta corriente de la piedad mariana que corre desde los tiempos del Evangelio hasta nuestros días?

Empecemos de nuevo, preguntémosnos sobre este vínculo que une la obra de Jesucristo con la “beatificación” permanente de María. Intentemos entrar por un momento en este “río de agua viva” y detengámonos allí nuestro pensamiento, no para descubrir alguna verdad hasta ahora desconocida, sino para intentar trazar sobre las huellas de las verdades antiguas un camino hacia el reconocimiento recíproco entre las familias cristianas junto a la figura de la Virgen-Madre.

“Signo de contradicción”

“¿Cómo te llamaremos; llena de gracia? ¿Cielo? Porque has hecho surgir el sol de la justicia. ¿Paraíso? Porque has hecho germinar la flor de la incorruptibilidad. ¿Virgen? Porque has quedado incorrupta. ¿Casta madre? Porque has tenido en tus santos brazos al Hijo, Dios del universo; suplécale que sean salvadas nuestras almas”³.

El pensamiento litúrgico trata de unir en sí la alabanza, el estupor y la paradoja. Desde el principio la existencia misma de María en la Iglesia está sellada por el misterio, que suscita la maravilla y que desafía al mundo. La misma maravilla que hizo exclamar a Isabel: *¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?* (Lc 1,43), el mismo desafío del que ha hablado el viejo Simeón, “el justo”, profetizando sobre su Hijo: *Mira: este niño traerá a la gente de Israel caída o resurrección, será un signo de contradicción, para que sean desvelados los pensamientos de muchos corazones* (Lc 2,34-35).

El “signo de contradicción” desvela los corazones: el contacto, el roce con este signo revela *lo que hay en cada hombre* (Jn 2,25). Porque en la profundidad del corazón está escondida la verdad del hombre, esa verdad que puede ser vista sólo por Dios y experimentada sólo con Dios. Y que no puede ser reducida sólo a la ley o a la Palabra, ya que también tiene su imagen portadora del rostro de Jesús e incluso de la presencia discreta de María. En el momento del encuentro con ellos y en el alumbramiento

de sus imágenes, cada hombre, como Isabel, está *lleno del Espíritu Santo* (Lc 1,41). El Espíritu transforma el corazón humano, desvelado y abierto a Dios, en el regazo que da a luz los ruegos y las alabanzas, las verdades dogmáticas o las fiestas eclesiales.

Pero hay otra parte en la profecía de Simeón: *Y a ti una espada te traspasará el alma* (Lc 2,35). Nos referimos brevemente a la interpretación de las mismas palabras en la poesía “El Encuentro”, (vale decir la Presentación en el Templo) de Iossif Brodsky, que las traduce así: “Tu alma será herida –dice Simeón. Esta herida te hará ver todo lo que está profundamente escondido en los corazones humanos a modo de un ojo...”⁴.

La Iglesia de Cristo dará a luz a sus hijos en la alegría exuberante y en el dolor, permanecerá bajo el “signo de contradicción” en este mundo y tendrá que sufrir en María. Su sufrimiento proporcionará la luz particular que se proyecta desde el misterio de la Iglesia. Y desde el misterio se revela la verdad sobre el hombre, sobre Cristo y sobre María misma.

“En el silencio de Dios”

Este vínculo entre la Iglesia, María y el sufrimiento como “signo de contradicción” fue descubierto desde el comienzo del cristianismo. Como dijo san Ignacio de Antioquía cuando fue llevado a su martirio:

“Para el príncipe de este mundo permaneció escondida la virginidad de María y también su parto; incluso la muerte del Señor. Son estos los tres misterios estrepitosos, que se cumplieron en el silencio de Dios”⁵.

La tradición afirma que san Ignacio escribió estas palabras durante una breve escala de su viaje a Roma, donde fue enviado para morir sobre la arena del circo. Él no tiene miedo, más bien, suplica a sus amigos que no intervengan a su favor frente a las autoridades romanas para salvarle la vida. Para él –recordamos a san Pablo– *el vivir es Cristo y el morir una ganancia* (Flp 1,21). El morir promete un encuentro con Jesús. “Busco al que murió por nosotros; quiero al que por nosotros resucitó”⁶, le hace eco Ignacio. Pero hay algo más. Antes de su muerte él se comporta y se confirma ante todo como pastor. Confesando la fe en la Iglesia, él

⁴ Iossif BRODSKIJ, *Nuevas habitaciones para Augusta*, 1983, en ruso.

⁵ *I Padri Apostolici*, Città Nuova, Roma, 1966, p. 105.

⁶ *Ibid.*, p. 104.

vive la propia muerte de modo litúrgico: como cuerpo inmolado, se convierte en el pan de la vida eterna. Muchos mártires, después de san Ignacio, repetirán sus palabras: “Soy trigo de Dios y tengo que ser molido por los dientes de las fieras para convertirme en pan puro de Cristo”⁷.

¿Por qué en el camino al martirio, en el momento del “paso a la luz verdadera”⁸, empezó san Ignacio a hablar de “tres estrepitosos misterios”? Creemos –y la larga experiencia de toda la Iglesia lo confirma– que María lo acompañaba en su camino, y Ella, que en el Anuncio fue llamada “llena de gracia”, pareciera que derrama la gracia sobre él. María le hizo el regalo de la comunión eucarística en el martirio y también el regalo de ver, de comprender su misterio. Pero fue un regalo silencioso. Sabemos que ante el desafío del príncipe de este mundo, que lo llevaba a los dientes de los animales, y ante el alboroto de la gente, Ignacio tuvo otra revelación: la del silencio. En el silencio sintió la ternura y la intercesión de María arraigadas intrínsecamente en el misterio de Su Hijo. También nosotros oímos “la voz” de esta experiencia en otro fragmento de la misma carta a los Efesios:

“Quien posee la palabra de Jesús también puede entender su silencio y llegar así a la perfección. Ése actuará como habla; pero también en el silencio enseñará quién es. Nada está escondido para el Señor; también nuestros secretos le son patentes. Tengamos por tanto presente que él habita en nosotros y actuemos de modo tal que seamos sus templos y él el Dios que habita en nosotros”⁹.

“Tengamos por tanto presente que él habita en nosotros...” Para María esta vivencia fue una realidad de su vida y al mismo tiempo, como para todos nosotros, una realidad escatológica; María fue y permanece el templo viviente del silencio de Dios donde nace la Palabra. El Verbo se hizo carne no solamente con las palabras del ángel sino también en el silencio del Espíritu Santo. El silencio que María lleva en sí es propio del Espíritu Santo. Y en el silencio, que es otra voz de la revelación, Ella viene para habitar con nosotros, manantial de fe en Cristo. El martirio, vale decir la victoria sobre el mundo y su príncipe, es la última eucaristía de la fe que hace descubrir a María Virgen. Más: la virginidad de María como signo del gran silencio de Dios se une al hombre para salvarlo.

⁷ *Ibid.*, p. 125.

⁸ *Ibid.*, p. 127.

⁹ Anónimo, *Le lieu du silence*, Paris, 1993, p. 30.

El trigo que crece

“La virginidad es un silencio profundo de todas las preocupaciones de la tierra”, dice santa Teresa de Lisieux¹⁰.

“El silencio es un sacramento del siglo futuro”, decía san Serafín de Sarov, recordando las sentencias de los Padres antiguos¹¹.

En el silencio del Espíritu, prestando oídos al siglo futuro, adelantando y viviendo su muerte en la dimensión eucarística, san Ignacio, de modo absolutamente espontáneo, logró percibir la que puede ser llamada “revelación mariana”. Pero en verdad el grano de trigo de esta “revelación” ha sido sembrado en él desde el principio, por su bautismo. Este trigo ya estaba escondido en la Santa Trinidad y ha crecido en la Iglesia, pero el martirio le dio la ocasión de hacerlo fructificar.

Oculto al príncipe de este mundo, este grano de trigo germina en el silencio que proviene ante todo del misterio profundamente cristológico: el Verbo se hizo carne; por tanto la carne de María —y consiguientemente toda carne humana— es llenada y consagrada con la presencia del Verbo. En el parto virginal podemos ver que el corazón de Dios rechaza toda posesión y dominio sobre sus criaturas, como dice Karl Barth (que fue un opositor polémico de la veneración mariana)¹². El parto virginal del Señor, que preanuncia ya la gloria escondida en su muerte, es como el signo del silencio y el sello del misterio.

Podemos hablar del arquetipo de la piedad, como se ha comenzado a hacer después de Jung, porque la misma iluminación se repetirá en muchísimos e innumerables “corazones desvelados” por María. El mismo misterio se iluminará y el mismo silencio hablará en cada hombre y en cada generación que llame a María bienaventurada y entre en comunión con Ella en su Hijo. Pero, para hablar con el lenguaje del Evangelio, recordemos que *un granito de mostaza, cuando es sembrado en la tierra, es el más pequeño de todas las semillas que están sobre la tierra (Mc 4,31)* —como dice Jesús acerca del Reino de Dios.

También el “granito” del misterio de María es pequeño. Tan pequeño que no es claramente visible tampoco en el Evangelio. Pero apenas sembrado en la fe realmente vivida, empieza a crecer. San Ignacio fue uno de los primeros, pero, ciertamente, no el único de los testigos. El trigo crece en el silencio del Reino *como un hombre que echa la semilla en*

¹⁰ Vladimir ILJIN, *San Serafín de Sarov*, Moscú, 1995, en ruso.

¹¹ Cf. René LAURENTIN, *Marie, Mère du Seigneur*, Paris, 1984, p. 259.

¹² V. LOSSKIJ, “Panaghía” (Toda santa) en: *Según la imagen y la semejanza*, Moscú, 1995, p. 182, en ruso.

la tierra; duerma o se levante, de noche o de día, la semilla germina y va creciendo sin que él sepa cómo (Mc 4,26-27); pero crece siempre en la Iglesia. Por tanto la Iglesia misma se reconoce en María por doquier: en su pasado transformado en la sagrada Tradición, en su futuro escatológico, en su eterno presente evangélico, pero, ante todo bajo la Cruz y en el corazón de los hombres.

Tradición: la memoria de María

El corazón de María es como el corazón de la Iglesia misma, del que habla claramente el Evangelio. *Todos los que oyeron, se asombraban de lo que les decían los pastores. María, por su parte, conservaba el recuerdo de todo esto, meditándolo en su corazón, (Lc 2,19.51)*. La Buena Noticia, que se hace carne también en el corazón de María, en su meditación se transforma en el lugar en que habita la memoria de lo que Dios revela. Su corazón contiene la semilla del silencio transformado en palabra. En este silencio percibimos también nosotros el mensaje que Dios escribe no sobre el papel, sino en los corazones humanos. La raíz de la Tradición se desarrolla no tanto a partir de las voces de la gente o las pequeñas *tradiciones de los antiguos* (Mc 3,7) sino sobre todo de la meditación y de la mediación de María, que nos recuerda las palabras guardadas en su corazón.

Así la memoria de María se convierte en el principio y el depósito de la memoria eclesial. En la medida en que la memoria de la Iglesia se desarrolla y se manifiesta a nuestro conocimiento, empezamos a escuchar las palabras de Jesús meditadas por María. Por tanto cada generación de creyentes posee todas las riquezas del pasado, de la revelación del Cristo que no se repite sólo en Su Palabra, sino que crece, permaneciendo fiel a su identidad inicial. Pero la identidad del alma, que cree y habla con las oraciones y las celebraciones, se inicia en la memoria “conciliar” que arraiga en el silencio del corazón de María, silencio que hace germinar la memoria o la Tradición. Vladimir Lossky, en su ensayo *Panaghia* (Toda santa), piensa que el hecho de estar fundada en la “memoria de María”, es el principio mismo de la Tradición de la Iglesia. “Si Cristo es predicado sobre los tejados, si es proclamado para que sea conocido en todo el mundo, el misterio de la Madre de Dios se abre sólo en el interior de la Iglesia a los fieles que han recibido la Palabra de Dios... No es solamente objeto de nuestra fe, sino también algo más: es el fruto de la fe, madurado en la Tradición”¹³.

El fruto nacido de la semilla del silencio mariano, sembrada en la memoria de la Iglesia, es ante todo el “recuerdo”, el “reconocimiento” de María misma. Este “recuerdo” lo llevamos dentro de nosotros como impronta de la Palabra. Entre el silencio y la Palabra existe una relación como entre el manantial y el río.

Es verdad que María no permanece siempre silenciosa en el Evangelio. Habla con el ángel que viene con su anuncio, “magnifica al Señor en su alma”, le pide a Jesús que ayude a la pobre familia de las bodas de Caná en Galilea. Pero Ella calla mucho más de lo que habla. Permanece sin palabras junto a la Cruz de Su Hijo. Calla también en la hora de la muerte de Jesús y después de la noticia de su Resurrección. Sigue callando en el momento de la efusión del Espíritu Santo, cuando todos empezaron a hablar. Por tanto, si el don para los demás fue justamente el don de lenguas, el don de María, más grande que el de todos, fue el don del “silencio orante” (Emilianos Timiadis).

En el silencio de la Cruz Jesús dice sus últimas palabras a su Madre y a Juan, el discípulo amado: *Hijo: ahí tienes a tu Madre, ... Mujer, ahí tienes a tu hijo*. Nadie está solo después de este gesto de adopción, ya que la Madre está cercana. *Y desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa (Jn 19,27)*. Y en su misma casa, en el espacio del silencio de María, inmerso en su misterio, después de los años del trabajo invisible que se desarrolló en su corazón, Juan ha podido llevar la señal de su fe madurada en sus palabras, quizás las más estupendas que un hombre haya dicho nunca sobre Dios: *Lo que existía desde el principio, lo que oímos, lo que vieron nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca de la Palabra de vida, —porque la vida se manifestó, nosotros la vimos, damos testimonio y les anunciamos la vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó— ... (1 Jn 1,1-2)*. Sí, María no habla directamente en este testimonio, pero su silencio habla, es portador del Verbo de la vida. Su presencia está aquí escondida, pero ¿quién con el corazón más lleno que el de ella podría decir: “la vida se ha hecho visible” y “hemos visto”? El testimonio de Juan es como “transmutación” de las palabras guardadas y calladas en el corazón de María. ¿No fue ella la que hizo visible esta vida e hizo oír este Verbo?

Y desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa. Pero Juan no fue solamente el discípulo predilecto que dio su testimonio. Siempre permaneció en la misma casa, que es otra imagen de la Iglesia, en comunión con María, en el amor de María. Y desde su silencio mariano escribió las otras palabras sobre Dios: *nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él (1 Jn 4,16)*.

María: Iglesia y fe

“Nosotros hemos conocido...” y el “conocimiento” de Juan abraza y nos une a todos, los que “escuchamos la palabra de Dios”. Pero María se oculta, deja hablar a los otros. Juan habla, Pedro habla, Pablo habla. Habla la Escritura y habla la Iglesia. Pero Ella queda inseparablemente unida con cada apóstol que predica a su Hijo, porque cada palabra está impregnada de la presencia y la mediación de María.

“El conocimiento por el amor” de san Juan, como aquel de “los tres estrepitosos misterios” de san Ignacio algunas generaciones después, desvelan otro vínculo que une a María con la Iglesia. La Iglesia escucha la Palabra desde el silencio de María, recibe el amor de Dios de las manos de María y “se reconoce” en María, cuando hace memoria de ella en todas sus “prefiguraciones” proféticas que encontramos en la Escritura. La memoria eclesial vuelve siempre a su fuente inicial en el corazón materno de María.

“No existe sino una Virgen-madre y le conviene el nombre de Iglesia”, dice san Clemente de Alejandría¹⁴.

“Madre de Dios es la Iglesia que ora”, dice el P. Serghij Bulgakov.

Y desde el corazón de María la Iglesia trató de entenderse a sí misma y a la propia fe. Ciertamente, el acto de fe siempre fue espontáneo, precediendo incluso su propia conciencia. Las primeras generaciones de cristianos, que pudieron vivir en el misterio de María y que tuvieron el sentido fuerte de su solicitud y de la plenitud del Espíritu Santo en ella, no habían construido todavía una “mariología.” La toma de conciencia dogmática del papel de María y su presencia se profundizó por la necesidad nacida en la polémica con los muchos opositores de la fe cristocéntrica. Por tanto el misterio tiene que ser vivido no solamente en la glorificación litúrgica o en la confesión de la fe, sino también en la razón que trata el misterio como piedra preciosa, y lo profundiza con la racionalidad humana. Además: el conocimiento eclesial se desarrolla, va adelante, pero en el fondo vuelve atrás hacia la fuente del conocimiento. Así la Iglesia, desarrollando su visión de María, siempre llega a la verdad de la fe ya conocida, que ella lleva en sí desde el principio, la verdad ya experimentada en sus mártires y santos. Esta verdad sólo nace de la “contemplación inteligente” del misterio del Verbo encarnado.

“Según el concepto del Concilio de Éfeso, —dice un teólogo ortodoxo—, nosotros confesamos a la santa Virgen como *Theotokos*, Madre de Dios, habiéndose el Verbo de Dios encarnado y hecho hombre y habien-

¹⁴ Alexis KNIJAZEV, *La Madre di Dio nella Chiesa ortodossa*, San Paolo, Milano, 1993, p. 84.

do unido a sí desde la misma concepción el cuerpo asumido por ella”¹⁵. El término *Theotokos* no es un *minimum* dogmático de la mariología sino el centro en la visión de María o “la sabiduría mariana” que encuentra su fórmula racional. Sólo María como progenitora de Dios puede también convertirse en la Madre en sentido ontológico y soteriológico. “El misterio de la maternidad divina supera la personalidad de la Madre de Dios y aparece como misterio fundamental de la obra salvadora de Cristo. Ella acoge e introduce en el género humano al Salvador y la salvación”¹⁶. Y como encarnación de la maternidad divina ella también es Madre de todos los hombres en el camino hacia Dios.

Pero el término *Theotokos* es también *apofático*, contiene toda la verdad sobre la maternidad divina, pero la verdad “escondida” en el misterio, envuelta en el no conocimiento. La luz que proviene de la maternidad de María no es siempre “descifrable” con fórmulas precisas. Sigue viviendo y creciendo en la Iglesia, pero su “desarrollo” por la ortodoxia no es dogmático o puramente racional, sino existencial y salvífico, y se manifiesta en la historia de la santidad vivida. El Espíritu Santo deja desarrollarse la verdad sobre María y de María en la experiencia de los santos, en la memoria común del pueblo de Dios donde la palabra *Theotokos*, salvaguardando su núcleo inicial y conciliar, se llena con los nuevos sentidos que provienen de la vida vivida en oración.

Esta vida tiene su propio lenguaje del amor divino que habla con el alma en el silencio pero que también busca su expresión litúrgica:

Salve, tormento de los enemigos invisibles,
 Salve, ingreso que da al Paraíso...,
 Salve, de los Apóstoles boca que nunca enmudece,
 Salve, de los mártires fuerza que nadie somete.
 Salve, de fe firme cimiento,
 Salve, refulgente estandarte de gracia,
 Salve, por ti es despojado el infierno,
 Salve, por ti nos revestimos de gloria...

(*Akathistos* a la Santa Madre de Dios)

El arte litúrgico es el arte del reconocimiento. El corazón, del hombre o de la Iglesia, reconoce las caras diversificadas de su alegría de amar o de ser amado por la Madre de Dios, de celebrar su presencia “mul-

¹⁵ *Ibid.*, p. 89.

¹⁶ San MÁXIMO EL CONFESOR, *Centurias sobre la caridad*, en *Obras*, Moscú, 1995, en ruso.

tiplicada” por las imágenes. Veamos: las definiciones se multiplican en la alegría, en la exuberancia, y el *akathistos* como forma litúrgica es un acto o más bien el río del conocimiento que no se endurece en los dogmas, que tiene su valor propio en el afecto de la confesión de la fe como estado de ánimo, que deriva de su canto. Y esta ternura tiene su origen en la única definición de María, “reconocida”, alabada como *Theotokos*, y retorna al mismo manantial. La maternidad divina es como la fuente del “ser eclesial” que en su plegaria se define siempre en María.

Pero la oración que nace en el seno de la Iglesia, crea también la verdad en la Iglesia, la verdad en dos aspectos: cristológico y mariológico, y en dos sentidos: existencial y dogmático. Ciertamente, no toda palabra de nuestra práctica litúrgica puede pretender ser verdad definitiva. A veces ella expresa nada más que nuestra búsqueda, nuestra intuición o conjetura, un anhelo del alma. Pero también en este caso, cuando la búsqueda es conducida sobre la estela de la auténtica tradición, la plegaria es portadora de su testimonio de la verdad todavía no completamente percibida, la verdad de la *visión borrosa*, (1 Co 13,12), propia del hombre, o la verdad hipotética que puede ser también rechazada. Pero en la Iglesia ortodoxa no existe confín rígido entre la fe y la devoción, porque la fe, teniendo la estructura sólida en la impostación dogmática, se abre, se reconoce continuamente en su oración, que a su vez “realiza” en la comunidad orante el momento de la verdad en el Espíritu.

El Espíritu desciende también para dar vida a la Palabra en nuestra alma, es decir a la fe. *En esto podréis conocer el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en la carne, es de Dios (1 Jn 4,2)*. La fe es el fruto de la efusión del Espíritu, y María es para siempre imagen inicial de la fe, el icono de la fe misma, su Progenitora. Si la fe cristiana tiene un rostro, este rostro es el de María, icono de la Iglesia.

El alma y la Madre

El centro de la fe cristiana siempre está en Jesucristo porque *no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos*, como dice san Pedro en los *Hechos de los Apóstoles* (4,12). Pero en nuestra más íntima, más profunda vida con Dios hay una relación secreta entre el Hijo y la Madre, la Palabra y el silencio, entre la fe puesta en las fórmulas conciliares y el misterio, escondido en el corazón. El misterio de María siempre acompaña el misterio de Cristo (y de la Trinidad), como el silencio acompaña al Verbo. Cuando este misterio es dividido recibimos un cristianismo pálido, empobrecido por su misma racionalidad moralista (como en las formas extremas del protestantismo), o, por el

contrario, mezcla terrible de una mística morbosa con las fantasías exaltadas (como en algunas sectas marianas).

La raíz de la veneración de María está centrada en la fe y en el amor hacia su Hijo, *la luz verdadera que ilumina a todo hombre* (Jn 1,9). Pero, en su sencillez y transparencia, la luz que nos ilumina lleva también en sí la presencia materna. En medio de los hombres la luz toma la sustancia “material” de este mundo. Y su primera “materia” fue la carne de la propia Madre. La luz llega como misterio oscuro e insondable, como mensaje, como Buena Noticia, como Persona, como Rostro de Cristo vuelto hacia nosotros, pero también como pureza de la Virgen, ternura y protección, intercesión y amor. Todas éstas son las “sustancias” de la Palabra que habla al alma, que entra en el alma y en el sentido primordial se hace carne en el alma como en la Iglesia.

“Toda alma que cree, concibe y da a luz el Verbo de Dios según la fe, el Cristo es el fruto y nosotros todos somos madre de Cristo”, dice san Máximo el Confesor.

“Cada alma fiel también es novia del Verbo de Dios, madre, hija y hermana de Cristo”¹⁷, le hace eco el beato Isaac de la Estrella, un monje cisterciense inglés del siglo XII.

“Cada alma fiel debe ser llamada virgen y fecunda.

La misma cosa se dice universalmente de la Iglesia, especialmente de María, de cada alma fiel, y es la Sabiduría misma de Dios la que lo dice. Ella (la Sabiduría) es el Verbo, la Palabra del Padre...”¹⁸.

La fe cristiana se funda en la Palabra, se nutre de la Palabra, pero no puede ser reducida a la Palabra. Porque la fe es la Palabra que escuchamos con el corazón en la profundidad del silencio, o el silencio que escuchamos en el fondo de la Palabra. La Palabra tiene a la Madre y la Madre nos lleva la Palabra. En este sentido la Madre de Dios puede ser llamada “el modelo”, es decir el llamado, que sentimos dentro de nosotros, a vivir el misterio de la Encarnación, como también el de la obediencia a Dios. Y este misterio María lo ha vivido plenamente en su maternidad.

“La maternidad se convierte en una llave para todos los misterios de María”, dice Andrienne von Speyr¹⁹.

“La maternidad está en indicar el amor”, dice María Scobzova²⁰.

¹⁷ San ISAAC DE LA ESTRELLA. Cf. Henri DE LUBAC, *Il cattolicesimo*, Jaca Book, Milano.

¹⁸ Adrienne VON SPEYR, *L'ancella del Signore*, Jaca Book, Milano, 1986.

¹⁹ Maria SCOBZOVA, “Ave, Terra trafitta dalla Croce”, en *Ave gioia di tutto il creato*, Gribaudo, Torino 1988.

²⁰ *Ibid.*

“La maternidad de María también es un mensaje que habla con la lengua de la ternura y la protección y que ilumina el aspecto materno de la revelación” (P. Serghij Bulgakov).

La revelación del “aspecto materno de la revelación”, o, según otras palabras de P. Bulgakov, la “maternidad de Dios”, es otro rostro del amor del Padre. En nuestra más íntima, más profunda vida con Dios, hay una relación secreta entre el Hijo y la Madre, la Palabra y el silencio, entre la fe fijada en las fórmulas dogmáticas y el misterio, escondido en el acto de la fe. Y esta relación es esencial y sapiencial. Desde la Palabra vamos al silencio, de Cristo a María, de la Iglesia al alma y volvemos atrás porque el Espíritu de la verdad une estas realidades en sí como algo inseparable, pero distinto. El Padre mismo manda su Espíritu *para que Cristo habite por la fe en vuestros corazones (Ef 3,17)* y Jesús es concebido en nuestros corazones por la maternidad de María. Por tanto el germen de la “piedad mariana” existe en cada tipo de fe cristiana, pero sólo la tradición, que va a la misma fuente apostólica y patrística, descubre a María como Madre de la fe en Cristo, ya que como figura de la Iglesia, permite a este germen crecer. Por eso, la tradición misma en su concepto eclesial se encauza y se desarrolla a partir de la memoria que se inicia en el corazón de María (cfr. *Lc 2,19*). En María cada corazón que *vive por la fe (Rm 1,17)*, se convierte en morada de la Palabra.

Este vínculo fundamental entre María y la Iglesia, entre María y la fe, entre María y la maternidad de Dios, lleva en sí aquella sabiduría escondida que siempre hace memoria de su fuente en Cristo y de su regazo en María. Podemos tener palabras diferentes para confesar la fe en Dios, pero todas son fermento del mismo silencio con Dios, de los *tesoros escondidos de la sabiduría y de la ciencia (Col 2,3)*.

La visión sapiencial de María es testimoniada desde los primeros tiempos de la historia del cristianismo hasta hoy. Divididos en la expresión racional, somos llamados a buscar la unidad en la sabiduría que existe allí donde la fe apostólica es realmente confesada. Por eso, antes de buscar coincidencias en las fórmulas fijadas, tenemos que “fijar” y confesar la sabiduría común, la fuente vivificante que nos une, y dejar libertad a sus expresiones diferentes. En comunión con la sabiduría mariana como “maternidad” de la Palabra arraigada en cada alma humana, encontraremos los signos de la reconciliación que puede ser llamada verdaderamente “mariana”.

Por eso desde el principio la Iglesia proclama como parte integrante de su credo: la Palabra de la fe no puede ser desarraigada del lugar de su nacimiento, del secreto “virgen” de la maternidad.

La protección y la Eucaristía

La maternidad de Dios es también su compasión. Si podemos hablar no solamente de la mística de la ortodoxia, sino también de su “ética”, su raíz será profundamente mariana. “El corazón humano, —escribe María Scobtzova— todavía tiene que ser traspasado por la espada de doble filo... La cruz del prójimo debe ser para el alma una espada, y la debe traspasar. El alma debe co-participar en el destino del prójimo, compadecer y perdonar... Por la semejanza con su arquetipo, con la Madre de Dios, el alma humana es atraída hacia el Gólgota, sobre las huellas del Hijo de María, y no puede ser atraída sin verter sangre”²¹.

Y sobre el Gólgota de su destino el alma ortodoxa clama la misericordia y la intercesión de la Madre. Los iconos milagrosos, los de Vladimir, de Kazan, de Pociaev, de Tichvin, (sólo en Rusia hay varios centenares de iconos milagrosos), todos expresan de modo distinto el “mensaje”, la esperanza, el signo de la protección, el misterio de la mediación. No hay lugar para el misterio allí donde la protección está garantizada, donde no se teme la condena que hemos merecido con nuestros pecados. El “espacio” de la protección es la esperanza puesta en el amor que nos envuelve y que crece desde el temor, más aún, crece desde el miedo por el amor que nos quema y nos juzga.

La idea de la protección es particular en el alma de la ortodoxia rusa. Entre todas las fiestas marianas, *Pokrov* es una de las más queridas. En la mayor parte de la Rusia del Norte el *Pokrov* es celebrado el 14 de octubre, (1º de octubre según el calendario juliano), y a menudo coincide con la primera nevada. La tierra se cubre de una sábana blanca. La blancura del manto de nieve es como el icono de la pureza, de la Inmaculada. Pero al mismo tiempo es la llegada del invierno que lleva en sí una vaga angustia: el frío, el hambre, (el campesino ruso siempre se preocupó de cómo sobrevivir en invierno). Y esta angustia se funde con la imagen de la pureza y en conjunto dan nacimiento a una tercera imagen, la de la muerte. La nieve es como la negación de la vida precedente, el comienzo de otra vida en la prueba, en la pureza.

Todas estas imágenes “trabajan” a un nivel más profundo que el de la racionalidad humana. Pero la respuesta de la fe, que tiene sus raíces en el subconsciente —aquello que permanece siempre oculto al hombre—, pero que tiene al mismo tiempo una expresión clara y racional, es la plegaria que suplica la protección de María.

De todas estas imágenes, escondidas en la profundidad del hom-

²¹ P. Lev GILLET, “Marie, Mère du Seigneur”, en *Contact* N° 108, Paris.

bre, nace el icono de la protección del mal con el rostro de la Madre de Dios. Pero si miramos más de cerca: todo este icono está ya lleno de la luz de Cristo. Sin confusión y sin división, como siempre en la piedad mariana ortodoxa, Madre e Hijo siempre están juntos. “María nos cubre y nos protege con su velo, esto es cierto”, escribe P. Lev Gillet (monje de la Iglesia Oriental). “Pero su velo no es otro que la túnica de Jesús, aquella túnica que los enfermos del Evangelio tocaban para recibir la curación. Cuando nos parece que María nos toca, es Jesús quien nos toca”²². O bien podemos decir: Jesús nos protege con el velo de María y nos salva con la oración de María.

Así se puede entender una súplica corta y paradójica, muy difundida en la Iglesia ortodoxa: *¡Santa Madre de Dios, sálvanos!*

El misterio de la protección no se explica, pero sí se esclarece en otro, el de la Eucaristía. También aquí la Madre de Dios está presente. Pero para hablar de “María eucarística” tenemos que recordar que según la fe ortodoxa la Eucaristía es una acción de Dios. El pueblo invoca y ruega por la efusión del Espíritu Santo, pero el misterio de la “transubstanciación” pone en juego la fe de la Iglesia. En este acto la Iglesia se realiza, encuentra su propia “identidad” como Cuerpo de Cristo y por la lógica secreta de su fe “se reencuentra” en María que dio la vida humana a este Cuerpo. El Pueblo de Dios reunido en la Iglesia se convierte en el Cuerpo de Cristo en el acto eucarístico, en la comunión. La comunión con el Hijo en el Espíritu Santo es vuelta a Dios-Padre y se desarrolla en la memoria de María, en quien la comunión perfecta o la unión con Dios, ha sido y permanece plenamente realizada.

Participamos en la comunión siempre con María, a la luz de su bienaventuranza. En la anáfora u oración eucarística de san Juan Crisóstomo, inmediatamente después de la *epiclesis*, la comunidad reunida canta así a la Madre de Dios: “Es realmente justo proclamarte bienaventurada, oh *Deipara*, que eres feliz, toda pura y Madre de nuestro Dios...”²³. María nos asiste y nos acompaña durante toda la liturgia, desde la preparación de las ofrendas (*prótesis*) a la comunión. Ella asiste a la Eucaristía y ruega por nosotros y con nosotros para que “no me sean de condena” la comunión con el Cuerpo y la Sangre de su Hijo y para que “mi alma sea purificada y santificada” para la vida eterna, donde ella esta-

²² JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater*, 1987.

²³ P. S. BULGAKOV, *Palabras y sermones*, París, 1987, p.354, en ruso.

* Enzo LODI, *Liturgia della chiesa*, Ed. EDB, Bologna 1981. *Prótesis*: pequeña mesa en el ábside menor, al lado norte, destinada a la preparación de las ofrendas (*oblatus*) y a la consumición de las santas especies después de la liturgia (N. d. T.).

rá siempre cerca de nosotros.

«No en vano la “memoria” de la Eucaristía incluye en sí toda la vida del Salvador sobre la tierra desde la Navidad (que presupone, sin duda, también toda la vida terrena de la Madre de Dios desde la anunciación hasta su glorificación en la dormición). Porque así se esclarece el pensamiento oculto en la Iglesia cuando nos enseña a implorar el don de la santa comunión, a suplicarlo no solamente de Aquel que se da en el acto eucarístico sino también de la Madre; por esa razón la Iglesia misma nos llama a dar las gracias a María por este regalo...» (P. S. Bulgakov).

La imagen, la deificación, el Espíritu

Si tan a menudo hablamos del silencio, lo hacemos no para destacar nuestra experiencia personal, sino para ir al manantial de la fe de la Iglesia. Este manantial comienza con la Palabra –*En el principio existía la Palabra*. Pero no podemos reducir la Palabra a las lenguas humanas, a la moral, a la doctrina, a la conciencia, a todo lo que puede ser expresado con los medios racionales. Ya que la Palabra también es esto: lo incomprendible y lo inconcebible que se abre a nosotros, que nos llama, nos interpela a través del “rostro interior” (Olivier Clément) de la presencia de lo divino en su imagen humana, que reconocemos en nosotros mismos. La fuerza de la imagen está en el reconocimiento del rostro escondido en nosotros y de la voz que hemos escuchado desde el silencio.

Así en las pocas palabras de María referidas por el Evangelio, reconocemos Su voz, Su imagen que se despierta en nosotros. La escasez de estas palabras tiene una densidad sugestiva y, decimos, “una homogeneidad” ontológica, que se expresa a partir de: *He aquí la esclava del Señor*, hasta su estar taciturno bajo la Cruz; desde el *Magnificat* hasta el día del Pentecostés. El Evangelio mismo crea el espacio de la imagen del silencio que comienza a hablar a través de las imágenes creadas por el hombre.

Hay un camino de la Palabra que va de arriba hacia abajo, en el que ella se transforma en un discurso humano (la prédica, la ética, el conocimiento dogmático etc.). Pero hay otro camino que va desde abajo, desde el “principio” a la imagen, a la sabiduría, a la visión paradisíaca, un camino que viene de aquellas partes de nosotros que no conocemos tampoco nosotros mismos, porque el poder de Dios sobre nuestro inconsciente es aún más fuerte que sobre nuestro consciente. El arte de la oración es, en cierto sentido, “la colaboración” con este poder, su manifestación.

Del mismo poder proviene también el arte sapiencial del icono.

El arte de la imagen es primitivo, como la sabiduría misma, porque es inicial y participa en la creación nueva. El secreto de la imagen es

que ella va del misterio a la luz, del silencio a su expresión que nos habla, del recuerdo a la vida que compartimos con el prototipo pintado. Vemos cómo la presencia de María en sus iconos expresa al mismo tiempo la distancia y la intimidad. El icono no es un retrato, no representa a otra mujer que percibimos como una figura externa a nosotros, sino que nos muestra una imagen que nace de la memoria, de la memoria que María lleva en su corazón. En cierto sentido el icono es un recuerdo, pero no un recuerdo del pasado, sino un recuerdo interior, “un recuerdo eucarístico” realizado con colores, un despertar del misterio que nos ilumina y que empieza a vivir con nosotros.

El icono es un recuerdo del mundo que viviremos en el futuro escatológico, lo que Dios nos ha preparado.

Aquellas cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni nunca entraron en corazón de hombre, éstas ha preparado Dios para los que lo aman, (1 Co 2,9). Estas cosas se descubren con amor y se dejan ver por el amor y el icono trata de verlas o al menos de adivinarlas. Adivinar o vivir quiere decir participar en el Espíritu que une pasado con futuro en el Verbo que hizo el cosmos para habitar con nosotros. Pero donde el Verbo viene a habitar, el Espíritu queda para siempre.

Y el icono en sustancia tiene que abrir el espacio para Él, o bien volverse lugar de Su presencia. Un rostro representado tiene que ser transformado en una imagen auténtica, (como el agua transformada en vino en Caná de Galilea), para poder llevar el mensaje del Espíritu; tiene que cambiarnos a nosotros mismos, para que también se abra el espacio en nosotros para recibir el Espíritu. En este sentido el icono es un arte ascético.

Orar con los iconos quiere decir entrar en diálogo interior con la imagen misma, (en nuestro caso la de la Madre de Dios), es decir con el Verbo que habla por su silencio, con el Espíritu que se manifiesta en el rostro humano. Pero para esto tenemos que tener dentro de nosotros un rostro humano donde el Espíritu pueda manifestarse, y su efusión origina el “combate interior”.

Así con el icono entramos en el espacio de la sabiduría “desarrollada”, la sabiduría del Espíritu. El icono es una “teofanía” que siempre procede del manantial escondido de la fe; ella sirve como canal que hace descender la gracia en nosotros. El icono da testimonio de este manantial con la luz que despierta en nosotros, que echa “la tristeza de los pecados”. La verdadera imagen de María es la que despierta en nosotros la sabiduría mariana velada por el silencio.

Tal sabiduría revela de forma discreta el plan de Dios para la humanidad. El “proyecto” de Dios es crear un hombre abierto a Él, transparente en Él, un “ser deificado”.

El corazón de la deificación, (pero también el de la *kénosis*), se encuentra en la posición privilegiada de María respecto a la Santa Trinidad. Hablamos de la maternidad santa, del amor, de la protección, pero en María todo esto es el reflejo de la luz de la Trinidad, reflejado en la transparencia del ser humano. La luz propia de María es la de la transparencia. Por tanto por su alma podemos ver el misterio de la Trinidad misma porque María es ante todo la testigo, la testigo elegida y preferida por el Padre para convertirse en su testimonio viviente y permanente entre los hombres. Si el Hijo forma parte de la Trinidad, María es el espejo, en ella, por ella, vemos la Trinidad no como “en vidrio oscuro”, sino en la luz de la criatura sin pecado, en el lugar de la presencia eterna de Dios.

Así el *Magnificat*, que sigue las huellas de la profecía de Ana, (1 S 2,1-10), revela al Padre como manantial de la misericordia y la justicia. El Antiguo Testamento es profesado de nuevo en la confesión de fe de la hija de Sión. Por primera vez su Dios se revela como Padre *apofático* que da rostro humano a su misericordia y justicia. En el *Magnificat* existe un hilo oculto que va a Dios, *mi salvador* como dice María (Lc 1,47), al mismo Dios que *tanto amó al mundo que dio a su Hijo único para que todo el que crea en él no muera, sino que tenga vida eterna* (Jn 3,16). Este hilo es la imagen del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo une en el amor al Padre con el Hijo. Pero esta unión, después de la encarnación, siempre se hace en María. Un encuentro milagroso se desarrolla en la figura de la Madre como señal de comunión futura de Dios con toda la humanidad creada para la salvación. Así el Espíritu Santo, que es “la persona escondida” (*Kallistos Ware*), se hace transparente en el rostro de la humanidad transfigurada de María, en el cuerpo –místico y humano– de Cristo, que es la Iglesia.

Por tanto el rostro de la deificación del hombre es el de María, Madre de Dios.

Via Repubblica Argentina, 42
25124 Brescia (BS)
 ITALIA